

## Humboldt en Colombia

Una serie de circunstancias fortuitas trajo a Humboldt hacia nuestro país. Se hallaba él en París, en 1798, y pensó allí hacer un viaje alrededor del mundo con el célebre capitán Baudin, quien preparaba entonces, en aquella ciudad, una expedición por el mar Pacífico, la cual debía visitar las posesiones españolas de la América Meridional, desde la desembocadura del río de La Plata hasta el reino de Quito y el istmo de Panamá; recorrer luégo las islas del grande Océano, arribar a Madagascar y volver a Europa por el cabo de Buena Esperanza; pero esa expedición fue aplazada por motivo de guerras europeas.

Contrariado Humboldt en aquella gratísima ilusión, resolvió pasar a Africa y trepar a la inmensa cadena del Atlas aún no explorada y donde podía hacer observaciones de grandísimo interés. Fue a Marsella para embarcarse allí en una fragata sueca, con Bonpland, a quien acababa de unirse, pero la nave no llegó por haber sufrido una tempestad y tenido que refugiarse en España para recibir reparaciones. Proyectó entonces ir a Túnez y a Egipto, en un barco que zarpaba hacia esas comarcas, mas fue informado, al intentarlo, de que allí podían sufrir persecuciones, y desistió de esa correría. Resolvió entoces seguir a España, pasar allí el invierno y buscar el modo de realizar en la primavera su viaje a las regiones de oriente.

En Madrid determinó más bien visitar a Cuba, Méjico y las Filipinas. El rey y su Ministro don Mariano Luis de Urquijo lo alentaron en esta idea y le dieron los pasaportes correspondientes. Jamás, dice Humboldt, se había otorgado a ningún viajero permiso más completo ni se había honrado a ningún extranjero hasta entonces, con tanta confianza por el Gobierno español. La orden a las autoridades de América de darle todo favor, todo auxilio y toda protección, fue firmada en Aranjuez, el 7 de mayo de 1799.

Salieron los dos hombres de ciencia de Madrid, pasaron por Castilla la Vieja, León y Galicia y llegaron a La Coruña, donde se embarcaron en la fragata *Pizarro*, el 5 de junio de aquel año. Catorce días después estaban en Tenerife y trepaban al pico soberbio del Teide, que se levanta allí a las nubes como atalaya gigantesca del viejo mundo. Qué amor tan intenso empieza a sentir nuestro sabio por las nuevas comarcas que pisa: «Es casi con lágrimas, escribe a su hermano Guillermo, que me voy. Quisiera establecerme aquí, y apenas acabo de dejar la tierra europea. Pudieses tú ver estas campiñas, estas florestas seculares de laurel, estas viñas, estos rosales. Se engordan aquí los cerdos con albaricoques. Todas las calles están llenas de camellos».

Como el barco tocaba el litoral de Venezuela, se proponía visitar ligeramente a Caracas y seguir a La Habana inmediatamente. Todavía no entraba en su plan el internarse en aquel país ni conocer nuestros linderos orientales. La mano del destino dio otra vez a su marcha un inesperado rumbo. Apareció a bordo una epidemia y murió un joven español compañero de viaje que venía para Cuba. La fiebre amarilla lo mató en pocos días, y fue su cadáver arrojado al mar, ya en las proximidades de la costa. Tocarón en Cumaná, y aun cuando Humboldt no temía al contagio, determinó desembarcar allí y hacer en Venezuela detenidos estudios. «La resolución que tomamos en la noche del 14 al 15 de julio, refiere en su relación, tuvo una feliz influencia en la dirección de nuestros viajes, porque en vez de una semana permanecemos un año entero en tierra firme y porque sin la enfermedad que reinaba a bordo del *Pizarro*, jamás hubiéramos penetrado en el Orinoco, en Casiquiari, y hasta los límites de las posiciones portuguesas en el río Negro y porque quizás deberemos también nosotros a esta dirección de nuestro viaje, la salud de que hemos gozado durante una permanencia tan larga en regiones equinocciales. Tuvimos la felicidad de

pasar el tiempo en que el europeo corre más peligro en el clima excesivamente cálido pero muy seco de Cumaná, ciudad célebre por su gran salubridad. Si hubiéramos continuado nuestro viaje para Veracruz, tal vez hubiéramos tenido la misma suerte desgraciada de muchos pasajeros del correo marítimo (*paquebot*) la *Alcudia*, que llegó a La Habana con el *Pizarro* en una época en que el vómito negro hacía crueles estragos en la isla de Cuba y en las costas orientales de Méjico» (1).

De Cumaná fue a Caracas, donde vivió dos meses y medio, y luego pasó a La Guaira, Barcelona y Puerto Cabello. De ahí se lanzó hacia el interior de aquella tierra magnífica, y a través de las llanuras de Calabozo y del Apure llegó a las riberas del Orinoco.

No hablaremos de su permanencia en la capital de Venezuela, pues no entra ello en el plan de nuestro escrito y sobre esto escribió don Aristides Rojas dos amenísimos artículos. En ellos nos relata sus excursiones a las orillas del Güire; sus visitas a la hacienda de *Bello Monte*; el suntuoso baile con que lo agasajó la familia Ibarra; sus paseos, en calesa tirada por mulas, con Vasconcelos, el capitán general de aquella colonia; las cabalgatas al palacio de San Lázaro; su ascensión a la silla del Avila; el banquete espléndido en la quinta de *Blandin*; sus relaciones con los Ustáriz, los Tobares, los Toros y demás familias ilustres de Caracas; y los mil recuerdos que allá quedaron de su paso.

Por el río Apure, que pocos años después habían de inmortalizar las épicas hazañas de nuestros centauros, salieron al Orinoco los dos viajeros. Subieron el gran río y llegaron a las bocas del Meta, del cual dice su relación que es el más considerable afluente de aquél, después del Guaviare; que se le puede comparar con el Danubio; y que tiene en su desembocadura un aspecto bien imponente. Detenido unas horas en una roca que se halla en me-

(1) *Viaje a las regiones equinocciales*. Capítulo III.

dio del gran río y que llaman la *Piedra de la paciencia*, aprovechó esos momentos para fijar la latitud y la longitud y hacer alguna corrección al mapa de d'Anville. «El río Meta, agrega, que recorre las vastas llanuras de Casanare y que es navegable hasta el pie de los Andes de la Nueva Granada, será de la mayor importancia política para los habitantes de la Guayana y de Venezuela. Desde el golfo Triste y la Boca del Dragón una flotilla puede remontar el Orinoco y el Meta hasta quince o veinte leguas de distancia de Santafé de Bogotá y bajar, por el mismo camino, las harinas de la Nueva Granada. El Meta es como un canal de comunicación entre unos países colocados bajo la misma latitud pero que se diferencian tanto en sus producciones, como la Francia y el Senegal. Esta circunstancia hace importante el conocimiento exacto del origen de un río tan mal figurado en nuestros mapas». Empiezan, pues, ahí sus trabajos geográficos sobre nuestro territorio. De esta piedra a otra semejante, habla Nariño, en su itinerario de Angostura a Achaguas, cuando venía, en 1821 de los presidios de España. «A las once y media, dice el ilustre Precursor, llegamos junto a la piedra de Manatí, que es de una forma oval, perfectamente lisa en medio del río, como de cuatro brazas de alto. Aquí se levantará algún día una columna que inmortalice el Orinoco y marque sus corrientes» (1).

De Jiramena y Cabuyaro hasta Guanapalo y Santa Rosalía de Cabapuma, o sea en sesenta leguas sobre esta arteria nuestra, Humboldt dice que se hallan catorce establecimientos cristianos algo populosos; pero desde los desagües de los ríos Pauto y Casanare, en un trecho de más de cincuenta leguas, está el Meta infestado de guahivos salvajes.

«A fin de contener, agrega, las excursiones de estos indios, habían formado los capuchinos que sucedieron a

(1) *El Precursor*, página 489.

los jesuitas en el gobierno de las misiones del Orinoco, el proyecto de fundar una ciudad en la desembocadura del Meta, bajo el nombre de Villa de San Carlos; más la pereza y el temor a la fiebres tercianas, se han opuesto a la ejecución de este proyecto. De modo que de la Villa de San Carlos no han existido otra cosa que unas armas pintadas en un gran pergamino y una enorme cruz plantada en las orillas del Meta».

Montando el Orinoco toca en los raudales de éste. Primero en el de Tabajé y luego en los de Atures y Maipures. En este viaje los acompaña el padre Zea, quien comparte con ellos todas las fatigas y penalidades.

El Orinoco forma una ingente curva viniendo de tierras venezolanas, tocando en riberas nuestras y volviendo a la nación vecina para caer al Atlántico. Ese pedazo, donde besa nuestro territorio y donde forma sus impetuosas cascadas, lo recorrieron Humboldt y Bonpland y lo estudiaron con minuciosidad científica, como antes nunca lo había sido, y nos dieron trabajos sobre él profundos y serios. «Nada hay más majestuoso, ni más imponente, dice aquél, que el aspecto de estos lugares; ni el Salto de Tequendama, ni las grandes escenas de las cordilleras, han podido disminuir la impresión que produjo en mí la primera vista de los raudales de Atures y Maipures». Y nos da sus primitivos nombres que son *Mapara* y *Quituma*, pero los cuales habían sustituido los misioneros con aquellos otros que son los de las tribus que han reunido en las villas más inmediatas.

«Ninguno de los misioneros que han descrito el Orinoco antes que yo, agrega nuestro sabio, ni los padres Gumbilla, Gili y Caulin, han pasado del raudal de Maipures. Sólo tres establecimientos cristianos hemos encontrado más allá de las grandes cataratas en las márgenes de este río, en una extensión de más de cien leguas, y estos establecimientos no contenían sino seis u ocho personas blancas, es decir, de raza europea».

Llegan los viajeros a la desembocadura del Guaviare y del Atabajo y suben por éste y el Temi y el Tuamini, hasta Javita; y allí toman por tierra el camino hacia el río Negro. Parecía que ellos trazaran ya aquella línea fronteriza que casi un siglo después nos fijara como límite el rey de España en su sentencia arbitral y que hoy están amojonando los ingenieros de las naciones hermanas con los técnicos de la antigua Helvecia.

Desde Javita es arrastrada su piragua, sobre el terreno hasta Pimichín. El nombre de la Javita viene de un jefe indígena que aún vivía cuando allá llegaron los dos exploradores. «Es él, dice la relación del viaje, un indio de mucho vigor de espíritu y de fuerza. Se expresa muy bien encastellano, y ha conservado siempre una cierta influencia en las naciones vecinas. Nos ha seguido en todas nuestras herborizaciones y nos ha dado verbalmente muchos informes, tanto más útiles cuanto que los misioneros le creen muy verídico. Nos ha asegurado que en su juventud ha visto alimentarse con carne humana a casi todas las tribus indias que habitan las vastas regiones entre el Alto Orinoco, el río Negro, el Inírida y el Yapurá».

Cuán penoso fue aquel viaje: el calor, las lluvias, los huracanes y los mosquitos los hacen sufrir constantemente, lo mismo que el peligro de los caimanes en el agua y de los tigres y las serpientes en la tierra. Unas veces pierden algunos libros, otras se les dañan los instrumentos astronómicos; ya se les mojan las plantas disecadas, ya se les mueren los animales que han aprisionado; pero qué serie de observaciones interesantes en todos los ramos de la ciencia! Fuera de la geografía, la astronomía y la botánica, principales materias de sus trabajos, qué cúmulo de investigaciones en otros ramos. Estudian la alfarería de los indios; hacen apuntes sobre la agricultura de sus habitantes; toman nota de los medicamentos indígenas. No pierden un detalle de aquella vida primitiva y salvaje. Allí

hay varios datos curiosos sobre el viaje de la expedición de límites, hecho medio siglo antes.

Habla del Vichada, que dice no ha navegado ningún europeo hace más de cuarenta años; del Zama, cuyas aguas son negras y que está casi desconocido; y del Mataveni, que aunque parece también de ondas oscuras, son ellas, vistas en un vaso, preciosas y cristalinas. Menciona otra roca cuadrada de granito que ha manera de cofre se eleva en medio de las aguas y que los misioneros llaman *El Castillito*.

Aunque se arrastran generalmente las canoas en un día o día y medio de un caño al otro, empleó la de ellos cuatro días a fin de hacerlo con cuidado y que les sirviera la frágil embarcación para el viaje de regreso otra vez por los raudales. «*El Pimichin*, que ellos llaman caño, dice Humboldt, tiene la anchura del Sena». Nos explicamos, agregaremos nosotros, este nombre, pues todo es relativo. Ante aquellas inmensas corrientes de las llanuras orientales, son arroyos los que no tienen su caudal, así como al contrario en estas cumbres andinas, llamábamos ríos a los dos caños que cruzaban sedientos nuestra ciudad y que ya hoy se convirtieron en meras alcantarillas.

Por el Pimichín cayeron al río Negro. No los seguiremos en esta navegación, pues penetran allí en tierra ajena. Señalaremos tan sólo su itinerario. Bajan este río hasta el fortín de San Carlos, vuelven a subirlo ocho millas y entran por el brazo Casiquiari a buscar nuevamente el Orinoco. Aquel canal une, como es sabido, las hoyas de este río con las del Amazonas y ayuda a formar una vena colosal de agua dulce que lleva los latidos del corazón de América a través del continente y por donde circulan el vigor y la salud desde el grandioso delta del río venezolano hasta el amplio y azuloso estuario del río de La Plata.

Llegan a San Francisco Solano en el Orinoco y vuel-

ven a navegar en las aguas de este río. Un mes hacía que lo habían dejado en la desembocadura del Guaviare. Bajan ahora la corriente y pasan nuevamente por los raudales de Atures y Maipures, por las bocas del Meta, del Apure y del Caura y van a dar a Santo Tomás de Angostura, donde dos décadas después había de nacer, gloriosa y grande, la República de Colombia. Allí cayó Bonpland gravemente enfermo. Supremos esfuerzos de voluntad y energía le habían permitido resistir en pie hasta entonces las penalidades en las lejanas regiones donde moraran meses enteros, pero al llegar a un centro civilizado se reclinaba agobiado y exhausto de fuerzas.

«Mi amigo Bonpland, dice Humboldt, en una de sus epístolas, ha sido más probado que yo en las consecuencias de nuestras excursiones. Después de nuestra llegada a Guayanas ha tenido vómitos y una fiebre que me hizo temer por él. Fue probablemente la mala influencia de una alimentación a la cual no estábamos habituados desde hacía largo tiempo. Como vi que no se restablecía en la ciudad, lo llevé a la casa de campo de mi amigo don Félix Taveras, a cuatro millas del Orinoco, en un valle un poco más elevado y bastante fresco. Bajo el clima tropical no hay remedio más expedito que el cambio de aire, y es así como en pocos días la salud de mi amigo fue restablecida. No puedo describirte la inquietud en la cual me encontré durante su enfermedad: jamás había encontrado un amigo tan fiel, activo y valeroso. Ha dado pruebas de una resignación y de un valor admirables en nuestros viajes, en los cuales nos hemos rodeado de peligros entre los indios y en los desiertos llenos de cocodrilos, de serpientes y de tigres. Jamás olvidaré la abnegación cariñosa de que me dio la prueba más grande en una tempestad que cayó sobre nosotros el 6 de abril de 1800 en medio del Orinoco» (1).

(1) Carta de 17 de octubre 1800 a su hermano Guillermo, publicada en *Lettres américaines D'Alexandre de Humboldt*.

Siete semanas después, repuesto ya éste de sus males, pasaron el Orinoco, tomaron las mulas en la orilla izquierda y emprendieron camino a través de los llanos. Trece días gastaron en llegar a Barcelona, y allí, después de una visita a Cumaná y nuevos estudios en aquellas costas, se embarcaron para La Habana. Era su intento pasar ahora si de Cuba a Méjico, salir de esta colonia por Acapulco y seguir por el Pacífico a los confines del Asia, siempre en busca de Baudín que ya debía estar por allá, para acompañarlo en su expedición. Luégo veremos cómo la suerte vuelve a cambiar su destino y a traerlos, otra vez, a las playas de Sur América, a las cuales no proyectaban regresar tan pronto.

Gratisimos recuerdos llevó el barón de Venezuela. Los agasajos y protección que recibió de autoridades y particulares, así como el éxito de sus investigaciones científicas, y la buena salud de que gozó durante el viaje, compensaron las penalidades del camino y la lucha con los elementos y la naturaleza bravia de aquellas comarcas inexploradas. «No dejaré de repetirte, le escribe al querido hermano, cuán feliz me encuentro en esta parte del mundo, a cuyo clima me he habituado de tal manera que me parece que no he habitado jamás en Europa. No existe quizás en todo el universo un país donde se pueda vivir de una manera más agradable y más tranquila, que en las colonias españolas, que recorro hace quince meses. . . . La naturaleza es rica, variada, inmensa y majestuosa por sobre toda expresión».

En el año antepasado el señor Ministro de Alemania, en Caracas, tuvo la feliz idea de colocar una lápida en la casa que en aquella ciudad habitó el célebre viajero. Acogido allí con entusiasmo ese propósito, se realizó el 14 de septiembre, aniversario de su nacimiento. «Alexander von Humboldt, dice la inscripción, vivió durante su estancia en Caracas (noviembre de 1779 a febrero de 1800) en la

mansión que se levantaba en este sitio» (1). Justa conmemoración ésta que debíamos imitar, colocando en nuestra capital alguna losa en recuerdo del ilustre naturalista.

Sobre el libro que el doctor Hamy publicó, en 1905, con las cartas que escribió Humboldt en América, publicamos algunas líneas, ahora años, en una revista de esta ciudad, y en ellas hicimos notar algunos yerros que sobre el itinerario del sabio trae el Atlas de Colombia editado en París por el señor Paz (2). Aparece en éste marcado el camino de los dos sabios, en la carta IV, y la línea que lo indica va de Angostura a nuestra capital, cuando, como hemos visto, ellos volvieron a la costa venezolana y se trasladaron de allí a Cuba. Haremos ahora una nueva rectificación a dicho mapa. En él no se señala la llegada a Caracas y a Puerto Cabello, ni la subida por el Atapabo, la caída al río Negro, la navegación en éste, y el paso por el Casiquiare, sino que se le hace seguir de Cumaná a Calabozo y de aquí a la boca norte del Casiquiare y de ésta a Angostura.

Refiere el señor Rojas que un día en Europa, muchos años después de este viaje, cuando Humboldt estaba octogenario y en víspera de su muerte, le enseñó un viajero una colección de fotografías que había llevado de Venezuela. Allí estaba la de un árbol secular el Samán de Güaire, que se halla en el camino de Maracay. «Cuando llegó, dice dicho escritor, a aquélla que ostentaba en toda su belleza el hermoso árbol, llevó una de sus manos a la frente, como queriendo borrar la imagen de un recuerdo doloroso. Al instante los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, y en presencia de aquel dibujo que despertaba en su memoria las dulces impresiones de su primera juventud y el recuerdo de Venezuela, dijo al viajero: *Ved lo*

(1) El libro amarillo. Caracas. 1922, página XIV.

(2) *El Nuevo Tiempo Literario y Boletín de Historia*, número 50 (noviembre, 1907).

*que es de mí hoy, y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo vi ahora sesenta años. Ninguna de sus grandes ramas se ha doblado. Está exactamente tal como lo contemplé con Bonpland cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios».*

\*  
\* \*

Al poco tiempo de llegar los dos sabios a La Habana, y cuando se preparaban para ir a Veracruz, atravesar la Nueva España y seguir a Filipinas, leyeron en los periódicos americanos la noticia de que la expedición de Baudin estaba ya por el cabo de Hornos y que subiría por las costas de Chile y el Perú para navegar luego hacia Australia. Resolvieron entonces venirse a Panamá, pasar el Istmo y salirle al encuentro en el mar de Balboa.

«En tanto, refiere Humboldt, que M. Bonpland trabajaba en ordenar nuestras colecciones, yo tuve la contrariedad de encontrar mil obstáculos a mi partida, tan imprevista. No había en el puerto de La Habana ningún navío que quisiera encargarse de conducirnos a Portobelo o a Cartagena; las personas a quienes consultaba se complacían en exagerar las incomodidades del pasaje por el Istmo y la lentitud de la travesía de norte a sur».

Tenaces en su resolución de unirse al célebre navegante insistieron en su viaje, fletaron una goleta catalana que estaba en la rada de Batabano, y salieron de allí a principios de marzo de 1801. Después de costear la isla en tan pequeña embarcación y de detenerse en Trinidad de Cuba, se lanzaron en el mar proceloso de las Antillas. Menciona el Barón en su relato el islote aquel de que se nos despojó hace unos cuatro años, con pretexto de que acababa de ser descubierto.

«El 22 de mayo, anota en su itinerario, pasamos más de treinta leguas al oeste de Roncador. Ese bajo fondo tiene tal nombre porque los pilotos aseguran, según anti-

guas tradiciones, que se le oye roncar desde muy lejos. Si aquel ruido tiene efectivamente lugar, se funda sin duda en una expansión periódica de aire comprimido dentro de una roca cavernoso». Y cita luégo algunos casos semejantes observados por él en varios países.

Habla luégo del archipiélago de San Bernardo y nos da el nombre de sus ocho islotes, no mencionados antes por los geógrafos. La borrasca los obliga a refugiarse en la bahía de Sinú. Caía el agua a torrentes, pero aprovechó Humboldt esa circunstancia para medir la temperatura del agua llovida. Para el hombre de estudio esos contratiempos no son penas sino motivos de observación y de análisis.

Dos semanas había durado su navegación de Cuba a aquella ensenada. Desembarcó allí con mar agitadoísimo y en costa salvaje y desierta, pero cuán grande es su admiración ante esa comarca. «Qué bella, exclama, nos parece esta tierra! y así debe parecerle también al pequeño número de viajeros que, sensibles a los encantos de la naturaleza, al aspecto de una espesa floresta dominada por las palmeras, no miden sus goces según la civilización de los lugares donde ellos desembarcan».

Bajan a tierra los dos sabios en la aldea de Zapote, y luégo penetran a herborizar en los bosques. Allí estudian el corozo del Sinú, que es el elacis melanococca de M. Martius, la palma real diferente de la del mismo nombre en la isla de Cuba y otras tantas palmeras. «Un soberbio Pancríatum, dice el relato del viaje, embalsamaba el aire en los lugares húmedos y nos hacía olvidar cuál peligrosas son para la salud estas selvas pantanosas y sombrías».

Encuentran allá preparando el vino de palma un grupo de indígenas encabezado por un alemán que, rodando mundos, había venido a dar a esos parajes. Durante los cinco años que duró el viaje de Humboldt en América

sólo dos veces tuvo ocasión de hablar su lengua nativa: una vez en Halifax y la otra en estas espesuras del litoral caribe.

Observaciones bien penetrantes hace sobre los indios darienes, cunas y caimanes; da pormenores del Atrato, del Sinú y de los afluentes de éstos, y evoca episodios de la historia de aquella comarca.

De Zapote siguen bordeando nuestro litoral por el morro de Tigua, los promontorios de Tolú, la isla Salamanquilla y el golfo de Morrosquillo. El mar, horriblemente agitado, los llevo a la isla Barú, y a punto estuvo de hundirse la embarcación. Al fin tocaron en Bocachica y pusieron el pie en Cartagena de Indias. Allí tuvo el placer, como lo dijimos en nuestro artículo *Cartas de Humboldt*, de hallar al célebre geógrafo y marino Fidalgo y comparar con las de éste sus observaciones astronómicas.

Conoció también en esa metrópoli a don José Ignacio de Pombo y a don Ignacio Cavero, dos hombres ilustres en los anales de la ciudad heroica. Seis días permanecieron ahí los dos viajeros, y sus principales correrías fueron al cerro de La Popa y a Bocagrande. «La sociedad de este excelente marino, dice Humboldt hablando de Fidalgo, la del señor Pombo y la de don Ignacio Cavero (un tiempo secretario del virrey Góngora) vinieron a ser para nosotros una fuente fecunda de instrucción estadística. He tenido ocasión de citar las memorias del señor Pombo sobre el comercio de la quina y sobre el estado de la población y la agricultura de la provincia de Cartagena. Encontrámos también en la casa de un oficial de artillería (del brigadier don Domingo Esquiaquí) una colección muy curiosa de dibujos, de modelos de máquinas y minerales de la Nueva Granada». Hace luégo una descripción curiosísima de las procesiones de la semana santa, que revela las costumbres de la época colonial.

A Turbaco pasaron luégo, donde se alojaron en una

bella casa construída por el arzobispo virrey y que pertenecía entonces al señor Pombo. Dice el eximio prusiano que pocos lugares le han parecido más deliciosos que el de Turbaco, y sorpréndese de hallar allí, cerca de la costa y en un país visitado por los europeos desde hacía tres siglos, árboles gigantescos pertenecientes a especies hasta entonces enteramente desconocidas, algunos de los cuales enumera. Todos los días iban a herborizar en las campiñas desde las cinco de la mañana hasta la noche, tarea encantadora para ellos, pero en la cual eran atormentados por innumerables tribus de insectos.

Visitan los *Volcancitos*, esa maravilla natural que existe no lejos de dicha población y de la cual publicó Humboldt un dibujo en su obra *Vue des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, que fue hecho, nos dice el sabio, «por el señor Luis de Rieux, cuyo padre estaba encargado bajo el ministerio de Urquijo, de la inspección de las quinás de Santafé y que se ha distinguido después en la defensa de su patria (la República de Colombia)».

En nuestro artículo ya citado, *Cartas de Humboldt*, hicimos notar las causas por qué alteró nuevamente su programa de viaje, y en vez de ir a cruzar el Istmo resolvió subir el Magdalena. Fue una de ellas, como allí lo dijimos, la de conocer a Mutis y cambiar ideas con el ilustre gaditano.

«No tengo que lamentar en manera alguna, dice nuestro viajero, el haber sacrificado el pasaje del Istmo por el viaje a Bogotá. Ese cambio de dirección me ha ofrecido la ocasión de trazar el mapa del río Magdalena, de determinar astronómicamente la posición de ochenta puntos situados en el interior de las tierras entre Cartagena y Popayán, los cursos superiores del Amazonas y Lima, de reconocer el error de la longitud de Quito, de recoger varios millones de plantas nuevas y de observar sobre una

vasta escala las conexiones que ofrecen las rocas de pórfido sienítico y de aracito con el fuego de los volcanes ... Hasta esta época ningún viajero había emprendido describir la Nueva Granada, y el público, excepto España, no conocía la navegación del Magdalena sino por algunas líneas trazadas por Bouger».

Así como en Tenerife había manifestado su alegría al entrar en las regiones equinociales, y en el Sinú su admiración por aquella naturaleza opulenta y hermosa, siente en Turbaco, al empezar sus exploraciones en nuestra comarca, grandísimo deleite.

«La permanencia que hicimos en Turbaco, dice años después al escribir su relato, fue de las más agradables y de las más útiles para nuestras colecciones botánicas. Aún hoy, después de un largo intervalo de tiempo, regresando de las orillas del Obi y de los confines de la Dzon-garia china, estas florestas de bambúes, esta salvaje abundancia del suelo, estas orquídeas tapisando los viejos troncos de ocotea y de higuera de la India; este aspecto majestuoso de montañas nevadas, esta brisa ligera cubriendo la salida del sol el fondo de los valles; estos boscajes de árboles gigantescos que se lanzan sobre islotes de verdura por encima de un mar de vapores, se presentan sin cesar a mi imaginación. Nuestra vida en Turbaco era sencilla y laboriosa: jóvenes, unidos en gustos y caracteres, siempre llenos de esperanzas en el porvenir, en vísperas de un viaje que debía conducirnos a las más altas cimas de los Andes, a la vista de volcanes inflamados, en un país perpetuamente agitado por temblores de tierra, nos sentíamos más felices que en ninguna otra época de nuestra lejana expedición. Los años que se han deslizado después, no todos exentos de amarguras y de penas, han aumentado los encantos de esas impresiones, y gozo en creer que del fondo de su destierro, en el hemisferio austral, en las soledades del Paraguay, mi desgraciado amigo

el señor Bonpland recordará aún muchas veces con delicia nuestras herborizaciones de Turbaco, de la pequeña fuente de Torrecilla, de la primera vista de una gustavia en flor o de la cavanillesia cargadas de frutas de castilla membranosas y diáfanas».

De Turbaco salieron el 19 de abril, a las once de la noche, en dirección al Magdalena, para subir a nuestra capital. Compañeros para este viaje fueron el médico francés Rieux, uno de los hijos de don Antonio Nariño, y el cuñado de éste don Mariano Montenegro. Eran personas, dice Humboldt, cuya suerte inspiraba vivísimo interés; y nos da estos detalles biográficos de ellos:

«El señor de Rieux, hombre amable y de un espíritu muy cultivado, había venido de Europa como médico del virrey Ezpeleta. Acusado de intrigas políticas fue sacado de su casa en Honda cargado de grillos y encerrado en Cartagena, en las prisiones de la Inquisición. La permanencia en un local húmedo y malsano le causó accesos de ceguera crónica. Durante más de un año no se le otorgó jamás permiso de dar noticia de él a su esposa ni a su madre enferma, que el pesar mató bien pronto; su fortuna fue dispersada, y como no se pudo descubrir cosa alguna para encontrarlo culpable, los jueces, a fin de desembarazarse de él, lo enviaron, bajo partida de registro, a las prisiones de Cádiz, donde no se ocuparon en nada de su proceso. Allí fue tratado con más suavidad y logró escaparse a las costas de Africa. En Tánger concibió el proyecto audaz de volver a España y de irse derecho a Madrid para presentarse a los ministros y solicitar la protección del embajador de Francia, el bravo almirante Fruguet. Perdió dos años en varias solicitudes, y al fin el señor de Urquijo vino a reemplazar al Príncipe de la Paz. Este hombre de estado era enemigo jurado de la Inquisición, que lo había perseguido muy joven, a causa de algunos ensayos literarios y que más tarde contribuyó a su

caída. El señor de Urquijo se mostró sensible a la relación de los padecimientos del señor de Rieux y, por uno de esos cambios de fortuna bizarros, tan comunes entonces en la península, el médico francés fue enviado con dos mil pesos fuertes de pensión al mismo país donde se le había puesto en cadenas y acusado de alta traición. Se le dio el título de Inspector general de quinas, cuyos árboles crecen en las florestas, y se le ordenó cultivara la canela y la nuez moscada, aunque el *laurus* de la provincia de los canelos y el otoba difieren enteramente por sus caracteres específicos y por la debilidad de su aroma del *laurus sinnamonomum* y del *myrista moschata* de las grandes Indias. Se puede imaginar fácilmente con cuánta emoción el señor de Rieux debía subir ese mismo río que él había descendido encadenado como prisionero de Estado. Lo habíamos ya encontrado en La Habana, y su compañía nos era tanto más agradable ahora cuanto él estaba acompañado de su hijo, joven de bella esperanza, que amaba dibujar los vegetales del natural.

Un ciudadano cuyo nombre se ha marcado después en la historia de la revolución de Cundinamarca y que, como Presidente de la República, ha salvado milagrosamente su vida en la batalla perdida de Pasto porque estuvo tres días errante sin alimento en los bosques, fue arrestado al mismo tiempo que el señor de Rieux. Don Antonio Nariño se encontraba detenido en las prisiones de Santafé de Bogotá cuando yo hice la navegación del Magdalena con su hijo, niño de doce años, y con su cuñado el señor Montenegro. Este último había residido largo tiempo en el Chocó y en la provincia de Antioquia a causa del comercio del oro en polvo (el rescate del oro de los lavaderos). El me hizo conocer, el primero antes que nadie, el pequeño canal de la Raspadura y la proximidad en la cual se encuentra el golfo de Cupica a las bocas del Atrato. Fue por un singular azar que el joven

hijo de don Antonio Nariño subía el río en una misma canoa con el campañero de infortunio de su padre, al cual el virrey Mendinueta, cediendo a las solicitudes del célebre botánico señor Mutis, suavizaba la amargura de la prisión, tanto como el rigor de las órdenes de la Corte podía permitirselo. Todo nos hacía esperar entonces la próxima libertad de don Antonio Nariño, uno de los negociantes más instruidos de la América española; pero él no salió de su prisión de Bocachica sino para ser instalado como primer magistrado de una República naciente y para afrontar el doble peligro de la defensa exterior y de las revueltas civiles. Hay algo de dramático en esa mezcla de infortunio y de éxito que se me perdonará el haber entrado en algunos detalles sobre las personas que nos acompañaron de Turbaco a Santafé. No he visto al señor Nariño en su prisión durante mi residencia en esta última ciudad, pero algunos años más tarde, ya desprendido de sus grandezas republicanas y militares, en el momento en que él se preparaba a volver a su patria para tomar parte en el Congreso de Cúcuta, ha venido a darme las gracias a París por los cuidados que el señor Bonpland y yo le habíamos dado a su hijo, debilitado por las fatigas de la navegación sobre el río Magdalena. Extraño destino de los hombres que viven en los tiempos en que las grandes agitaciones políticas quebrantan la sociedad humana»<sup>1</sup>

Por Arjona y Mahates llegaron a Barrancanueva, donde empezaron a subir nuestro opulento río.

La relación que hizo Humboldt de su viaje y que consta de doce tomos, termina en nuestra costa, y se quedó sin escribir o publicar la parte relativa al interior de nuestro país. Afortunadamente podemos reconstruir su ruta y reunir episodios de ella por medio de sus otras obras y de su correspondencia. En aquéllas y en ésta se encuentran a cada paso datos bien interesantes sobre nuestra

historia, nuestra geografía, nuestras costumbres y nuestros hombres notables. En nuestro escrito *Cartas de Humboldt* mencionamos también la navegación en nuestro gran río, su llegada a Honda, su visita a las minas de Mariquita y Santa Ana y su entrada a Bogotá; y no habremos de repetirlo ahora.

Se ha dicho que la casa donde habitó Humboldt en esta ciudad fue una que aún existe, con su estilo colonial, en la calle 17, cerca de la plaza de San Victorino. No sabemos el fundamento de esa afirmación. El viajero en una de sus cartas hace alguna referencia a su morada.

«Con cuánta distinción, le escribe a don Domingo de Ponte, hemos sido tratados en La Habana, en Cartagena de Indias, en Santafé, de parte del señor virrey y del señor Mutis (en cuya casa hemos vivido), en Popayán y en Quito, donde gobierna una persona igualmente instruída, amable y virtuosa, el barón de Carrondelet» (1).

A su hermano, en otra epístola le refería que Mutis había hecho disponer una casa en su vecindad para los dos viajeros. Y a don Sebastián López Ruiz le había dicho de Quito, en febrero del mismo año: «Le aseguro a usted que en los dos meses que he vivido en casa del doctor Mutis, aquel venerable anciano no me ha hablado de usted sino con la fineza y estimación que merecen las circunstancias de usted». Y resulta que Mutis vivía en la misma casa de la expedición botánica, o sea junto al Observatorio. En la representación que él dirigió al virrey hay este dato: «Otro punto muy importante es el de los

(1) Carta escrita en Huayaca el 2 de agosto de 1802, publicada por el señor Aristides Rojas en su escrito *Recuerdos de Humboldt*, insertados en la obra *Un libro en prosa*. Allí el paréntesis aparece cerrado después de la palabra *Popayán*, lo cual creemos fue error de copia o de imprenta, pues Mutis no estuvo nunca en Popayán.

En el *Papel Periódico Ilustrado*, julio 1884, se publicó un grabado de aquella casa de la calle 12, y también en la obra *El Dorado*, por el señor E. Röthlisberger, impresa en Berna en 1898 (página 137).

inventarios que deben hacerse de los efectos que se hallan existentes en la casa de la expedición donde he habitado y habito desde mi regreso de la ciudad de Mariquita» (1).

Varias cartas escribió Humboldt en Bogotá, pero parece que todas se han perdido, pues ninguna se ha publicado hasta hoy, que sepamos. Consérvase, sí, la *Memoria razonada de las salinas de Zipaquirá*, que escribió aquí a solicitud del virrey Ezpeleta. En ella se hacen observaciones geológicas, se trata del modo como se explota la mina, de los manantiales salitrosos y su concentración, de la cocción de la sal y del transporte del producto. Hay en esa minuciosa relación indicaciones para lograr mayor producción con menos gasto, y refuta la creencia de que las salinas de Nemocón y Sesquilé sean continuación de la misma de Zipaquirá. «La naturaleza, dice, no ha hecho más que repartir en una gran proximidad la formación de muchas tongas de sal gema y esta proximidad ha causado aquí, así como en Hungría, la falsa idea de su continuación y de que ocupa un inmenso terreno. Por el contrario, este terreno está circunscrito por límites bastante estrechos y es mucha imprudencia no economizar una mina en la esperanza de que no se agotará jamás. Minas mucho más abundantes que la de Zipaquirá nos presentan tristes ejemplos, por falta de cordura en el uso que se ha hecho de ellas» (2).

(1) Parece que Mutis vivió primero en la morada del jefe de la iglesia, pues el señor González Suárez así lo consigna en la biografía del preclaro botánico: «El Arzobispo Caballero fue a Ibagué, en 1782, y allí encontró a Mutis y le trajo a ésta, hospedándole en su mismo palacio».

(2) Esta Memoria la escribió Humboldt, en francés, y fue traducida, en 1892, para los *Anales de Instrucción Pública*, donde apareció en ese año. En 1888 la publicó en folleto el señor Luis Orjuela, con correcciones y anotaciones.

\*  
\* \*

Bien interesantes fueron las labores de los dos sabios, Mutis y Humboldt, en nuestra capital. Este menciona a aquél en muchas de sus cartas y en las diversas relaciones de su viaje. En una de aquéllas dice que Mutis le regaló cerca de cien dibujos magníficos, en gran folio, los cuales representaban nuevos géneros y nuevas especies de la flora de Bogotá, que tenía manuscrita; y que ha pensado en regalar esa colección, tan interesante para la botánica, como notable por la belleza del colorido, al Instituto Nacional, pues no puede ella estar en mejores manos que en las de Jussieu, Lamarck y Desfontaines (1).

También reunió aquí el ilustre viajero siete especies de quina cinchona, y envió a aquel docto centro muestras de sus cortezas, dibujos en colores de la planta y esqueletos de sus flores; y cerca de Soacha recogió huesos antediluvianos, que mandó al eminente Cuvier. Llevó también un gran pedazo de platino, el mayor conocido hasta entonces, que fue hallado en el Chocó en 1801, el cual exhibió en París y obsequió luego al rey de Prusia Federico III (2).

Hablando Humboldt de sus herborizaciones, dice que para mayor exactitud describían Bonpland y él la misma planta separadamente, y agrega, con modestas palabras, que más de las dos terceras partes de las definiciones le corresponden a su compañero, del cual son admirables el celo y la abnegación por el progreso de las ciencias. «Hemos comparado, escribe luego, nuestros herbarios a los de Mutis, y hemos consultado muchos libros en la inmensa biblioteca de este grande hombre; y estamos

(1) Carta a Delambre. Lima, 25 noviembre, 1802. El doctor Hamy dice al publicarla que él buscó en vano esa colección en el Instituto y no la halló. Parece, pues, que no llegó a su destino.

(2) Carta al mencionado monarca, en París, 3 septiembre 1804.

persuadidos de que tenemos nuevos géneros y nuevas especies, pero es necesario de tiempo y de trabajo para decidir lo que es verdaderamente nuevo».

Y en otra epístola hace parecidos elogios:

«Las ideas que se han esparcido en Europa sobre el carácter de ese hombre célebre no pueden ser más falsas. Nos ha tratado en Santafé con una franqueza que tiene analogía con el carácter particular de Banks. El nos ha comunicado sin reserva todas sus riquezas en botánica, zoología y física; ha comparado sus plantas con las nuestras y nos ha permitido, en fin, tomar todas las notas que deseábamos obtener sobre los nuevos géneros de la flora de Bogotá. Es ya viejo, pero se sorprende uno de los trabajos que ha hecho y de los que prepara para la posteridad. Es admirable que un hombre solo haya sido capaz de concebir y de ejecutar un plan tan vasto» (1).

Parece que por el norte no pasó Humboldt de Zipaquirá, y que en oriente llegó tan sólo a la laguna de Guatavita, de la cual nos da una imagen en su obra *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. También allí trae una descripción del Tequendama, que es la primera detallada que se hizo del célebre Salto.

Al empezar ésta hace una comparación de la meseta donde está situada Santafé de Bogotá, con la que contiene los lagos mejicanos, ambas, dice, de mayor elevación que el monte de San Bernardo. Relata la fábula indígena sobre el origen de la catarata; y cuenta que bajó al pie de ella por el camino de la *culebra*, que lleva al barranco de la Povasa. Allí llevó sus instrumentos pero tuvo que permanecer alejado de la cuenca donde cae el torrente como unos 140 metros, por la rapidez de la corriente.

EDUARDO POSADA

(Continuará)

(1) Carta de Méjico, 22 de abril de 1803, al abate Cavanilles.

## REVISTA

DEL

### Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—*

*Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico